



kamadeva
pasión

MARÍA G. CHOVA

Mi
manzana

prohibida

*¿Qué harías si conocieras a tu hermanastro
y sintieras una irremediable atracción por él?*

María G. Chova

MI MANZANA PROHIBIDA

MARÍA G. CHOVA

Mi
manzana
prohibida

 kamadeva
pasión

© María G. Chova
© Kamadeva Editorial, febrero 2022

ISBN ePub: 978-84-124240-6-5

www.kamadevaeditorial.com

Editado por Bubok Publishing S.L.
equipo@bubok.com
Tel: 912904490
C/Vizcaya, 6
28045 Madrid

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Solo una persona será perfecta para
acompañarte en tu rincón favorito.*

Índice

[Prólogo](#)

[1 Ácida sorpresa](#)

[2 Permíteme conocerte](#)

[3 Sal de mis sueños](#)

[4 Abrázame con fuerza](#)

[5 Tiempo de volar](#)

[6 Quiero más de ti](#)

[7 Corazón de cristal](#)

[8 Junto a mí](#)

[9 Nuevas experiencias](#)

[10 Es nuestro momento](#)

[11 El monstruo de los celos](#)

[12 Demasiado espacio](#)

[13 Y de postre... un antiácido](#)

[14 En terreno peligroso](#)

[15 Tuya para siempre](#)

[16 No aguanto más](#)

[17 No quiero perderte](#)

[18 Vivieron felices y comieron en el suelo](#)

[Epílogo](#)

[¿Quieres conocer un poco más a la autora?](#)

Prólogo

Dicen que existe un momento especial que refuerza el vínculo entre padre e hija: acompañarla al altar el día de su boda, abrazarla y consolarla cuando sufre su primer desengaño amoroso o pasar horas compartiendo una misma afición.

Al menos eso es lo que comentan; sin embargo, nadie te avisa de que puede ser también un momento desagradable el que marque dicho vínculo para el resto de tu vida.

Intentaré ser más específica, no es que mi padre sea un mal hombre o un monstruo, es muy trabajador y amable, pero también estricto y riguroso con las normas, algo que me inculcó desde muy pequeña al ser su primogénita. Quizás por ello también me ha exigido siempre más que a cualquier otra persona, incluida mi hermano.

Precisamente por este motivo, cuando me citó en su despacho por mi veintiséis cumpleaños, justo cuando me independizo gracias a un trabajo prometedor y estable, esperaba un discurso sobre mi felicidad, temeridad, orgullo y una pizca de «no lo fastidies que yo no estaré siempre» para evitar endulzar demasiado el momento.

Pero no.

Me presentó la mayor y más desagradable de las sorpresas, quizás llamar a esa persona «sorpresa desagradable» sea impropio de una dama.

Ahm, no..., acabo de recordar que de dama tengo lo mismo que de pez y la palabra correcta para definirlo sería «bastardo».

Ácida sorpresa

La lluvia caía en forma de gotas gruesas, aunque no con la continuidad que obligaría a abrir un paraguas; el viento que comenzaba a adueñarse ferozmente de las calles no era demasiado frío, pero sí molesto, digno de una tarde de octubre.

Era un 31 con todas las decoraciones de Halloween que ello conllevaba y la muchacha que corría hacia el elegante portal de madera y mármol estaba encantada, aquella era su celebración favorita y, para colmo de felicidad, su cumpleaños.

Esquivó a un par de personas que huían de la lluvia, mostrando una sonrisa que no se borraba de su cara desde las diez de la mañana, algo inusual en ella. El viento revolvió su melena color rojo intenso, soltando algunos mechones de su larga trenza, y se ajustó la sudadera negra con murciélagos bordados antes de poner un pie en el portal del lujoso edificio.

—¡Nia, buenas tardes! —saludó la recepcionista con una sonrisa divertida— ¿Por qué no me sorprende verte correr como una loca bajo la lluvia?

La aludida se acercó a la mesa de caoba tras saludar a Miguel, el vigilante de seguridad.

—Buenas tardes, Violeta —sonrió—. ¿Cómo va la tarde?

—Tranquila —su sonrisa se volvió algo tensa—. Tu padre te espera.

Virginia se despidió con la mano antes de entrar en el ascensor con paredes cubiertas en madera pulida, tan antiguo como el imponente edificio. Le dedicó unos segundos de sus pensamientos a la amable Violeta, una mujer adorable y directa que estaba a punto de jubilarse y conocía cada detalle y vergüenza sobre la vida de cada uno de los empleados y directivos de la empresa. Por suerte, era la persona más leal que conocían y se agradecía tenerla en nómina.

Le extrañó aquella última sonrisa, no se le había escapado e inconscientemente le preocupaba.

Llegó al tercer piso casi sin darse cuenta y saludó a un par de personas antes de detenerse frente al despacho de su padre. Le sorprendió ver la puerta cerrada, no acostumbraba a dejarla así a no ser que tuviese una reunión o una llamada de índole delicado; también le extrañó que Francisco, asistente y amigo de su padre, la esquivase al verla en el pasillo.

—Pero ¿qué demonios? —arqueó una ceja y llamó a la puerta con los nudillos.

—Pasa.

Al abrir no solo encontró a su padre, sino también a un joven que parecía ser poco mayor que ella, con una bonita melena castaño oscuro que rozaba sus hombros y ojos de un penetrante gris acerado que daban la impresión de atravesarte y llegar hasta tus más íntimos deseos con un solo pestañeo. Él sonreía desde una de las sillas con cierto aire nervioso.

—Disculpad, vuelvo cuando acabéis —dijo ella.

—Entra, hija. Así os presento —resolvió Gonzalo con una sonrisa.

El desconocido se puso también en pie y esperó a que Virginia le diese a su padre un beso en la mejilla. Le pareció que eran muy similares en los rasgos, ambos severos hasta que sonreían, además, tenían la misma mirada inteligente salvo porque los ojos de su padre eran grises y los de ella castaños.

Gonzalo inclinó la cabeza para recibir el beso en la mejilla, tenía el cabello azabache vetado con canas perfectamente peinado hacia atrás, mientras que ella parecía orgullosa con su cabellera teñida de aquel vibrante color.

—Puedo esperar fuera, no tengo prisa.

—Tranquila, tú ponte cómoda —señaló con la mano al desconocido—. Te presento a Lucas —sonrió—. Ella es Virginia, mi primogénita.

La aludida le ofreció la mano para estrechársela y Lucas le devolvió el saludo con cierta sorpresa, estaba acostumbrado a que las mujeres se lanzasen a darle dos besos incluso antes de presentarse.

Virginia esperó a que su padre despachase al joven para hablar de un tema privado, pero le dio la impresión de que eso no iba a suceder.

—Siéntate, ¿quieres algo de beber?

Le extrañó el ofrecimiento, generalmente iban juntos a tomar algo en la cafetería de la esquina.

—No, gracias. Quiero ir a comprar unas cosas antes de que cierren las tiendas, por eso venía con cierta prisa.

—¿Tan urgente es?

—Golosinas —respondió ella con una espléndida sonrisa—. ¡Es Halloween!

Verla tan animada le partió el corazón a Lucas, esperaba que Gonzalo pospusiera la noticia que tenía que darle. Ella parecía tan natural y emocionada con la celebración que sintió una pequeña presión en el pecho; sabía lo que desataría la imponente verdad que su padre debía contarle.

—Será mejor que vuelva otro día —opinó el joven mientras hacía amago de levantarse.

—No te preocupes, seré breve.

Gonzalo se puso en pie cuando le vio sentarse de nuevo para dominar la situación como si de una reunión entre directivos se tratase. Medía metro ochenta y con sus facciones varoniles, aunque severas, resultaba un hombre muy atractivo a sus cincuenta y tres años. Virginia comenzó a preocuparse porque aquello no le daba muy buena impresión y empeoró cuando Lucas esquivó su mirada en el momento en que ella ladeó la cabeza para interrogarle en silencio.

—Me estás dando mal rollo —se sinceró la joven.

—Deja que te prepare el terreno, ten paciencia.

Aquello fue lo que le erizó la piel, si se dirigía a ella en aquellos términos es que el resultado iba a ser desagradable. Una hecatombe de dimensiones inimaginables.

—Os hemos contado muchas veces a tu hermano y a ti que, a vuestra edad la vida no era igual ni los valores los mismos —comenzó—. El noviazgo duraba hasta una década y tampoco estaba bien visto que los novios viviesen juntos o se fuesen a solas más de un día antes del matrimonio.

Virginia arqueó una ceja, aquello se escapaba a su comprensión. ¿A dónde quería llegar su padre con tanto rodeo?

—Yo os quiero mucho, tanto a vosotros como a vuestra madre...

La muchacha sucumbió a sus nervios y espetó:

—¿Estáis liados?

Lucas casi se atragantó con su saliva y su padre dio un golpe en la mesa. El joven tenía razón al pensar que aquella muchacha era natural y, en otras circunstancias, le habría resultado hasta interesante y graciosa.

—¡Déjate de tonterías y escúchame, esto es serio! —alzó la voz.

Gonzalo carraspeó antes de proseguir.

Ninguno de los dos entendía por qué gritaba, aunque Virginia estaba acostumbrada a que atajasen sus opiniones o respuestas de manera tan brusca.

—Siendo joven puedes sentir ciertas tentaciones que te son negadas por temor a la represión social y encuentras un día la oportunidad de tomar la vía de escape —miró a Lucas—, no te ofendas.

El cerebro de la joven comenzó a atar cabos y un nudo iba presionando su pecho. El hombre la vio fruncir el ceño y borrar gradualmente su sonrisa. Iba a estallar en cólera y lo peor sería el resultado en su casa.

—Lo que quiero decirte es que, trabajando con tu abuelo, conocí a Laura y tuvimos una aventura mientras salía con tu madre —tragó saliva al ver

que su hija comenzaba a mostrarse inexpresiva—. Fue un fin de semana, pero ella se quedó embarazada de Lucas —suspiró—; él es tu hermano.

Gonzalo guardó silencio y esperó una reacción por parte de Virginia. Ella se limitó a colocarse bien la sudadera tras ponerse en pie y dirigirse a la puerta en un absoluto mutismo. Si tenía que ser sincera consigo misma, sabía de antemano que la reunión con su padre no sería halagüeña, pero ¿un hermano? ¡Esto se salía de madre!

Un frío intenso se apoderó de cada centímetro de su pequeño cuerpo, estaba moviéndose como un autómatas porque no sabía qué decir. Gonzalo no parecía darse cuenta del dolor que acababa de provocarle a su hija y ella no aprendía de los errores de su progenitor que tendía a tirar por tierra cualquier instante de felicidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Lucas con la voz teñida de preocupación.

—No oses dirigirte a mí, bastardo —espetó ella con frialdad antes de salir dando un portazo.

Salió del edificio sin despedirse y evitando todo contacto visual con el resto de los trabajadores. Tenía ganas de llorar y gritar, de encerrarse en su habitación y no salir jamás; creía, más bien, tenía la vaga esperanza de que la felicitaría por su contrato fijo como redactora en una revista y por haber conseguido su propio piso. De que, por primera vez en sus veintiséis años, le diría que estaba orgulloso de ella.

¡Qué estúpida había sido!

Mientras tanto, en el despacho de Gonzalo, Lucas se sintió molesto y a la vez desolado. Comprendía que ella estuviese enfadada, pero no tenía ningún derecho a hablarle de aquel modo.

—No ha ido tan mal —opinó el ejecutivo antes de sacar un cigarrillo y dirigirse a la zona de fumadores—. Voy a fumar, ¿te quedas un rato más o te pido un taxi?

—¿Que no ha ido tan mal? —y alzó la voz, repitiendo— ¿Que no ha ido tan mal? ¿Pero tú te has dado cuenta de cómo se lo ha tomado?

Su padre sonrió.

—Te ha hablado. Mal, pero lo ha hecho. Si se hubiese ido ignorándote habría sido señal de que estarías muerto para ella —se despidió con la mano mientras se iba hacia el ascensor—. Suerte mañana en la sesión de fotos.

Lucas necesitó unos minutos para calmarse antes de volver a su casa y prepararse para la sesión de fotos de la temporada otoño-invierno. Era su primer trabajo como modelo después de hacer algún papel pequeño de teatro y quería estar fresco y descansado.

Por su parte, Virginia se centró en cargar con bolsas de comida temática y golosinas. Su móvil sonó varias veces, pero decidió ignorarlo hasta volver a su nuevo hogar, allí al menos no se encontraría a nadie de la familia.

Escribió un mensaje a un grupo para avisarles de que no iría a la fiesta de disfraces y se sintió peor cuando los integrantes parecieron hasta satisfechos por ello. Con tanto llorar aquella noche sabía que el dolor de cabeza de la mañana siguiente sería inmenso.

Permíteme conocerte

Aquella mañana, el tiempo parecía mostrarse del mismo color que el humor de Virginia. Las nubes aceradas cubrían el cielo y de fondo se escuchaban truenos que precederían a una tormenta en pocas horas.

La noche anterior había recibido un par de mensajes de su padre preguntándole por qué había pasado la noche en su piso nuevo en lugar del hogar familiar; sabía que había dormido en el sofá puesto que no estaba previsto que recibiese las camas hasta dos días más tarde. Tan solo le contestó a la pregunta de si le contaría algo de aquello a su madre, cuya respuesta fue: «ocúpate tú. Es tu problema, no el mío».

Después de aquello se había quedado dormida.

A pesar de que aquel día era festivo, tenía la obligación de ir a terminar unos artículos con urgencia. Al parecer podían enviarse todos al mismo tiempo y así su supervisora finalizaba su jornada a mediodía y los dos días siguientes podría tenerlos libres. La joven frunció el ceño, se notaba como aquella mujer se aprovechaba del cargo.

Cuando llegó a la oficina vio que los de seguridad se apostaban tras las puertas porque un grupo de chiquillas intentaban entrar con fotos en las manos para que se las dedicasen. En aquel momento entendió el empeño de su supervisora por trabajar aquel día, seguramente estaría allí dentro algún joven modelo y así tenía una excusa para poder revolotear por las secciones que quisiera.

—Buenos días, chicos —saludó al entrar tras cierto esfuerzo a base de codazos—. Hoy tenéis trabajo.

—Hugo ha tenido que ir incluso a vigilar la parte trasera —dijo el más veterano. Un hombre de piel oscura y metro noventa que imponía con su sola presencia hasta que sonreía con aquella dulzura que le caracterizaba.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Famoso?

Los dos vigilantes rieron.

—No demasiado, pero sabes que cualquiera con una foto pública tiene fans hoy en día —y añadió—. Tienes un aspecto horrible, ¿mucho fiesta anoche?

—Migraña y en casa.

—Qué putada —dijo el otro, cuyas ojeras sí que denotaban que se había ido de marcha la noche anterior.

El veterano palmeó su hombro.

—Ten buen día entonces.

—Lo mismo digo, suerte con esas locas.

Virginia fue directa a su pequeña pero acogedora oficina y dejó caer su bolso sobre la mesa antes de encender el ordenador.

Se sobresaltó cuando Ingrid, una de las secretarias de la planta donde trabajaba, entró dando gritos y saltitos.

—¡Está para comérselo! ¿Le has visto?

La aludida se fijó en la rubia de pintalabios y uñas rosa intenso antes de negar con la cabeza.

—Es adorable, ¡ven conmigo a verle!

Virginia se dejó caer sobre la silla, hastiada.

—Ingrid, todos los modelos que vienen aquí son iguales, con poco talento y el ego por las nubes.

La rubia taconeó hasta llegar a su lado y tirar del brazo de su compañera para obligarla a ir con ella.

—¡Merece la pena! —insistió— ¡Vaaaamos!

Virginia se dejó llevar mientras pensaba en los quince correos que tenía por leer y los artículos que debía redactar, sin contar los que tenía pendientes en el dossier para aquella mañana. Ingrid iba todo lo rápido que le permitían sus altísimos tacones color crema a juego con una ajustada camiseta de tirantes color champán y espalda al aire que poco dejaba a la imaginación.

—Además —habló apresuradamente por la emoción—, en la entrevista ha dicho que tiene debilidad por las rubias.

Su compañera puso los ojos en blanco y no se sorprendió al ver a una treintena de personas dando vueltas por aquella sala. Un hombre gritaba que los complementos no estaban en su cajón y la maquilladora se movía con lentitud para estar cerca del modelo el máximo tiempo que fuese posible.

—A ver, veamos a tu nuevo amor platónico... —dijo con desgana.

Hasta que vio al modelo.

Piel nívea, aspecto juvenil a sus treinta años, cabello castaño a la altura de los hombros, cuerpo atlético natural y una sonrisa dulce que escondía pura picardía. Era una bomba luminosa, tan atrayente como peligrosa para alguien como ella y un deseable bombón dulce que los demás querían degustar.

Jamás olvidaría cómo la miró cuando se dio la vuelta para que el estilista le colocase bien una bufanda, sus ojos grises albergaban el rencor de la tarde

anterior y la atravesaron de tal manera que un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Mierda — musitó Virginia.

—¿A qué es...? —Ingrid se detuvo y les observó a ambos— ¿Qué pasa? — alzó las cejas perfectamente delineadas— ¿Os conocéis?

Ella negó con la cabeza antes de marcharse, lo que le faltaba para amargar su día era encontrarse al hijo bastardo que su padre tuvo en un caprichoso fin de semana. Entró de nuevo en su despacho y, completamente descentrada, se dejó caer de nuevo en la silla haciendo que crujiere del golpe seco. Imaginaba que volvería a verle, su padre se encargaría de ello, pero aquello le pareció una sucia treta; agachó la cabeza hasta dejar la frente sobre la mesa de madera y suspiró.

En aquel momento se abrió la puerta de cristal y Virginia habló sin despegar la frente de la mesa.

—No te lo voy a presentar, Ingrid.

La voz masculina, seductora a pesar de mostrar la seriedad que le embargaba, sobresaltó sus sentidos.

—Soy yo.

La redactora alzó la cabeza sin saber muy bien qué decir o cómo reaccionar, al fin y al cabo, estaba en el trabajo y las paredes tenían oídos.

—¿Qué quieres? —inquirió en un intento de recuperar su seriedad.

Lucas fue directo al grano. No había podido dormir bien por culpa de aquel encuentro y, por alguna razón, tampoco era capaz de quitarse aquellos ojos avellana de la cabeza ni la furia con la que le habían mirado al marcharse de la oficina. Sabía que ella no se merecía que le diesen una noticia de tal calibre con la misma facilidad que se ponía una vacuna, pero él tampoco era culpable de que Gonzalo tuviese el mismo tacto que una lija frotada en las pelotas.

—Yo no tengo la culpa de lo que ocurrió y no voy a tolerar que por ello me llames bastardo.

Ella asintió.

—¿Algo más?

—¿Te hice algo malo?

Virginia puso cara de evidencia y él se exasperó. No sabía si es que era cabezota o simplemente maleducada y borde.

—No sé por qué me molesto.

—Ya somos dos.

Lucas iba a añadir algo más cuando una segunda voz femenina le recomendó callar desde la puerta de cristal del despacho.

—Es borde y terca, aprovecha cuando tenga a mano algo dulce. Con la boca llena de chocolate no se queja —bromeó.

Virginia se puso en pie de un salto.

—¡Ingrid! —exclamó furiosa— ¡Esto es una conversación privada!

La secretaria se internó en la sala, encogiéndose de hombros.

—Azucena sube en el ascensor buscando al «terroncito de azúcar» y, como vi que estaba aquí, quise avisarte.

—¿Terroncito de azúcar? —preguntó él.

Virginia se cubrió la cara con ambas manos, aquello era un desastre que tensaba hasta la última fibra relajada de su cuerpo.

—Ve y dile que se ha perdido de camino al baño y que en un minuto está de vuelta —respondió suavizando el tono—. Pero que no entre aquí o la defenestro.

Ingrid frunció el ceño, algunas veces parecía que su compañera hablaba en otro idioma.

—La tiro por la ventana —aclaró con desgana.

La rubia asintió, acercándose a Lucas antes de marcharse. No se le había pasado por alto que ambos estaban a solas y aquel ejemplar masculino era un regalo para los sentidos, tuvo que hacer un esfuerzo por no saltarle encima y comérselo allí mismo. Aunque ganas no le faltaban.

—Por cierto, soy Ingrid —se acercó para besarle sendas mejillas—. ¡Un placer!

La redactora le dedicó una mirada, alertándola de que se esfumase antes de que se le agotase la paciencia. Cuando volvieron a quedarse a solas, le observó.

—¿Qué quieres?

—Gonzalo dice que sería buena idea que nos llevásemos bien.

—¿Gonzalo?

—¿Quieres que le llame «papá» en tu presencia?

Ella suspiró sonoramente.

—¿Por qué?

—Porque ahora solo me queda él y cree que con el tiempo puedo integrarme. Sé que es mala idea, pero sabe que la familia materna me repudió incluso antes de nacer.

Ambos se miraron fijamente a los ojos y Lucas desistió.

—No importa, no es tu problema y lo entiendo —aceptó, dispuesto a marcharse.

Virginia suspiró. Verle dándole la espalda con aire derrotado atravesó el blindaje que formaba su coraza. En el fondo tenía razón y no era culpable de

que su padre no hubiese sabido mantener el pajarito en la jaula; sacó un pósito del cajón y cogió un boli.

—Espera... —musitó y anotó algo en el pequeño papel color azul cielo.

Lucas se detuvo con la mirada claramente esperanzada.

—Este es mi número. Si quieres hablaremos cuando salga de trabajar —y añadió con terquedad—. Pero te aviso, no voy a ceder.

Él aceptó el papel mostrando una tierna, aunque insegura, sonrisa, antes de volver a la sesión de fotos. Virginia le dio un par de vueltas al tema antes de centrar su atención en el trabajo.

No había terminado de leer el primer correo cuando Ingrid volvió al despacho eufórica para enterarse de qué se conocían; no soportaba aquellas constantes interrupciones.

La redactora vio la curiosidad bailando en sus ojos azules y dejó el trabajo a un lado.

—¿Y bien? —Ingrid parecía inquieta.

—No quiero hablar de ello.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó, sentándose en el borde de la mesa para estar más cerca y darle un toque en el hombro—. ¿Es un ligue de Halloween? ¿Un polvete de una noche con el que te reencuentras? —inquirió emocionada, a sabiendas de que era imposible.

Virginia se frotó el puente de la nariz, agotada. Ingrid le parecía una buena chica, aunque un poco atolondrada y, para su infinita desesperación, demasiado positiva y enérgica.

—Antes de que sigas sacando conclusiones descabelladas, anoche no salí de fiesta.

—¿Y la fiesta de cumpleaños?

—La celebraron sin mí, tampoco es que les importase mucho porque ni preguntaron —añadió restándole importancia.

Ingrid hinchó las mejillas, indignada.

—Qué cabrones.

—Conocí a Lucas —carraspeó—, quiero decir, al modelo, cuando me reuní con mi padre —omitió los detalles privados por si acaso—; la cuestión es que se centró en él porque es amigo de la familia y mi contrato fijo tuvo la misma importancia que el papel del baño.

Ingrid espetó una de sus míticas ocurrencias para quitarle hierro al asunto:

—Lo creas o no, el papel del baño cumple una importante función —opinó la secretaria con dignidad.

Virginia tuvo que admitir que era una gran respuesta y no pudo evitar sonreír.

—Parece que lo he pagado con el pobre hombre y no tiene culpa.

—A veces eres un poco bruta.

—¿A veces?

Ingrid sonrió con franqueza.

—Siempre. Deberías ser menos brusca y negativa, en el fondo sé que eres un tierno y dulce pastelito de nata.

Virginia fingió no estar de acuerdo, hasta que algo que había comentado su compañera hacía un rato volvió a su mente.

—¿La asaltacunas ha vuelto al ataque?

—¿Importa? El chico tiene treinta años, aunque no los aparente.

—Y ella cincuenta y cuatro, pero no es el punto. Importa si se ha fijado en él —se puso seria y puntualizó—, esta vez al menos.

Ingrid asintió.

—Ha copiado sus datos del portafolio, se le caía la baba con él.

—Gracias por el aviso.

La sesión de fotos se alargó bastante y Virginia se dio cuenta de que había finalizado porque su supervisora volvía a pasearse entre los despachos exigiendo resultados. Por suerte, la joven le presentó el trabajo acabado una vez la vio tras la puerta de cristal.

—Bueno, tampoco importaba que te mataras con esto porque vas a dejar los artículos de ciencias.

La aludida arqueó una ceja.

—¿Por qué? ¿Qué hice mal?

—Según el jefe nada, pero nadie lee estas cosas aburridas. Somos una revista de moda y belleza. Lo más *in* —mostró aires de suficiencia—, pura sensación.

Virginia susurró:

—Para una cosa inteligente que incluye.

—¿Qué? —Azucena la miraba con altanería.

—Nada, nada. ¿Pero qué hago entonces?

Azucena parecía molesta, no por perder a una redactora, sino porque habría una persona menos en la que descargar sus tonterías. La señaló con uno de sus dedos de largas uñas pintadas de fucsia.

—Vas a ocuparte de la sección del corazón.

Virginia palideció, quedándose con la boca abierta tanto tiempo que Ingrid se levantó de su mesa del pasillo y le llevó un vaso de agua. Acto seguido le cerró la boca y dio unas palmaditas en la espalda para que reaccionase.

—¿Me envías a la prensa rosa?

—¡Dios, no! —exclamó Azucena— ¡Nos llevarías de juicio en juicio por agresión!

Ingrid y Virginia se miraron, tenían las mismas ganas de lanzar por la ventana a la supervisora.

—Quiero que te ocupes de la sección «Señora Corazón», ya sabes, hacer un artículo de opinión sobre un tema sentimental cada dos semanas para la revista y responder por carta o *email* todas las dudas que envíen nuestras lectoras.

—¿Yo?

—¿Ella? —la rubia comenzó a reír— Perdón, perdón —. Se disculpó, cubriéndose la boca con una mano para ahogar las risas.

Virginia negó con la cabeza.

—Será un desastre.

—Lo sé, pero eres la única mujer disponible —dijo con cinismo—. Y es eso o te vas a la calle.

La redactora frunció el ceño.

—Jacobó está en su despacho, puedes ir a firmar la dimisión cuando quieras —señaló a baja voz y con malicia.

Virginia se puso en pie, roja de cólera y decidió ir a hablar directamente con el director de la revista. No volvió a mirar atrás, dejando a Azucena con una sonrisa de triunfo en sus estafalarios labios rosa oscuro.

Su supervisora era una mujer que se teñía el pelo con un negro mate, cortado justo por debajo del lóbulo de las orejas, combinación que endurecía sus facciones. Se pintaba los labios con colores oscuros e intensos que le hacían parecer más una muñeca grotesca que una *femme fatale* y vestía ropa que parecía un par de tallas más pequeña de lo que le correspondía y marcaba cada imperfección.

Al tocar la puerta con brusquedad se arrepintió, quizás Ingrid tenía razón y debía tomarse las cosas con más calma.

—Pasa —dijo una voz masculina en el interior.

Ella se asomó y vio a un hombre de unos cuarenta con pelo oscuro y barba bien cortada que sonreía tras su enorme mesa de nogal.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte?

—Acaban de informarme de que iré a la sección del corazón y me preguntaba si podría informarme alguien de cómo funciona exactamente.

Él la invitó a sentarse con un gesto.

—Gertrudis te informará de todo, era la secretaria de Lola, pero se quedará un día más para recoger sus cosas.